

CAPÍTULO V

El P. Bernardo Recio y el cardenal Vitaliano Borromei. — Efectos, que en los jesuitas de Italia producen las declaraciones de Pombal. — Pasan á Rusia varios jesuitas italianos para entrar de nuevo en la Compañía. — Manejos de los ministros de España contra el noviciado ruso. — Carta de la emperatriz Catalina á Carlos III. — Intimacion del Breve de Clemente XIV á los jesuitas de Prusia. — El conde de Aranda, primer Gran Maestre del Grande Oriente Nacional. — Segundo viaje del P. Pignatelli á la corte de Cerdeña. — Ejemplos de virtud que da en Turin la duquesa de Villahermosa. — La princesa María Adelaida Clotilde. — La princesa rusa Dashkoff en Turin. — Dificultades en la admision del P. José á la Compañía.

1780 — 1781

Entre los muchos que en Roma leyeron el extracto del proceso de Carvallo remitido desde Lisboa, uno fue el cardenal Vitaliano Borromei: quien, deseoso de informarse minuciosamente de todas las circunstancias de este suceso, procuró averiguar los nombres de los Padres venidos de América como procuradores, con el fin de oír de sus propios labios la narracion de lo ocurrido.

Supo que el uno de ellos había fallecido ya, y esto ántes que saliese de España; y que el otro era un tal P. Bernardo Recio, que se hallaba albergado en la casa del Jesús de Roma. Fue el cardenal á visitar al P. Recio; y durante la conversacion que

con él tuvo, le rogó que le informara de su viaje de Quito á Madrid, de su detencion en la corte, de su salida de ella, de su destino, y particularmente de todo lo que le había pasado desde Madrid hasta la frontera de Francia.

Deseoso el P. Bernardo de complacer al Emmo. Borromei, recapitó especies, y fue refiriéndole el caso como en otro lugar hemos ya dicho. Preguntóle el prelado si sabía el contenido del pliego. Respondió sencillamente el Padre que no le era posible saberlo. Entonces dijo el cardenal: «En efecto, V. no podía saberlo; mas yo se lo diré á V. El famoso paquete, maliciosamente consignado á V. y acompañado con supuesto billete del Nuncio Pontificio, suplicándole lo llevase á Roma, encerraba la inicua obra de la bastardía, compuesta por los enemigos de los jesuitas; obra con la cual se tramó una negra calumnia, que ha producido la total abolicion, y tiene por título *La bastardía de Carlos III.*»

«Y he aquí por qué el buen rey, en su decreto de extrañamiento de los jesuitas, dice que se reserva en su real pecho las razones que le movían á tomar aquella resolucion. Yo mismo,» dijo el Cardenal, «he visto los procesos, que acaban de llegar á Roma, y las manifiestas declaraciones y retractaciones que en ellos hace el ministro Carvallo en favor de la inocencia de los jesuitas y de la nobleza de Portugal, descubriendo las cábalas y las intrigas y cuanto de maligno se forjó, mayormente contra la Compañía.»

Quedó atónito el P. Recio al oír aquella relacion, como lo quedaron todos sus compañeros; y todos á la vez, los españoles, portugueses, italianos y franceses saltaban de gozo por descubrimiento tan inesperado y tan glorioso para la Compañía¹.

«El primer efecto de las declaraciones de Pombal, especialmente en los jesuitas españoles, fue,» dice el P. Luengo², «un asombro, un horror sumo, un estremecimiento desde lo más

¹ P. BOERO, *Vida*, Lib. II, §. VI.

² *Diario*, Tomo 14, pág. 406. (20 de Junio de 1780.)

alto de la cabeza hasta lo más bajo de los pies, un helarse la sangre en nuestras venas, un perder el color y casi el aliento, y un indignarse juntamente, casi hasta enfurecerse y bramar, al oír que se nos habían imputado maldades tan execrandas, tan sacrilegas y tan diabólicas, como hacer adúltera á nuestra bienhechora y estimadísima señora y reina la Sra. D.^a Isabel Farnesio, bastardo é ilegítimo á nuestro siempre amado y venerado monarca Carlos III.....»

«Y este es sin duda el gravísimo delito de la inocente Compañía de Jesús, que nuestros enemigos depositaron en el ánimo del sencillo y piadoso monarca, nuestro rey y señor Carlos III, y que él conserva reservado y oculto en su corazón..... En un momento, todo, menos la justa abominacion de tan horribles maldades y de sus autores, se convirtió en gozo, en alegría, y en un júbilo, que del corazón les rebotaba á todos en sus palabras y en sus semblantes, y en tiernísimas acciones de gracias al cielo por habernos librado de una imputacion tan odiosa, y por haber hecho pública nuestra inocencia de un modo tan maravilloso.»

No puede caber duda que de tan vehementes afectos participarían todos los jesuitas, y en grado tanto mayor, cuanto más tierno fuese el cariño que á su madre profesaban; pues la veían públicamente como absuelta de los enormes crímenes, de que falsamente se la había acusado. Y ¿quién podía exceder á nuestro P. José en el amor á la Compañía? ¿Quién estaba más pronto á hacer por ella cualquier sacrificio? Y si bien es verdad que se hallaba en la corte de Cerdeña, cuando tales cosas sucedían en Roma; no dejarían de comunicarle tan faustas nuevas y de tanta gloria para la Compañía, los numerosos amigos y compañeros de Bolonia.

No consta por documento alguno cuáles fueron sus impresiones particulares en estas circunstancias; pero sí se sabe que por este tiempo algunos ex-jesuitas italianos salieron para Rusia á juntarse con los jesuitas allí conservados. Uno de los que se determinó á pasar allá, aunque no lo pudo realizar hasta tres ó

cuatro años más adelante, fue el P. Luis Panizzoni: el cual en carta de 26 de Febrero 1799 aseguró que ántes de ponerse en camino, obtuvo la debida autorizacion de su prelado para trasladarse á aquel remoto país¹. Siguiéron á dichos jesuítas varios jóvenes para entrar en aquel noviciado, entre ellos algunos boloñeses de familias acomodadas y muy conocidos en la ciudad.

La autorizacion, que concedían los Prelados á los que deseaban pasar á Rusia, hizo que los jesuítas residentes en Italia acabasen de persuadirse de la legitimidad de la Compañía en aquellos lejanos países, y de que no eran sino invenciones de sus enemigos las especies, que tanto se propalaban, de la irregularidad y nulidad del acto del obispo ruso, y de su desaprobacion por el Soberano Pontífice.

Es increíble lo que se afanaban los diplomáticos españoles para persuadir esto á las gentes y para alcanzar de la Santa Sede una formal condenacion de la conducta del obispo de Mallo y de los jesuítas, que usaban de la facultad por él otorgada. Fatigado el Pontífice de tanta intriga, remitió el asunto á Monseñor Archetti, su Nuncio en Polonia, bien convencido como estaba, que toda la diplomacia europea junta no había de bastar para hacer que la emperatriz Catalina retrocediera de su camino y consintiera que el obispo deshiciese lo hecho.

Un año entero duraron las negociaciones; y el prelado ruso no abrió su boca hasta al cabo de este tiempo, en que después de cuatro generalidades que no venían al caso, daba por toda respuesta que no podía entrar en más pormenores. Así lo escribía Azara en 3 de Agosto de 1780: «Cada día,» dice, «se descubre más empeño en sostener aquel espantajo de noviciado. El obispo de Mallo después de más de un año ha respondido á la carta de reconvenion, que le escribió el Nuncio de orden del Papa; pero en su respuesta ni menos contesta una palabra á las razones con que se le arguyó, ni se disculpa en manera alguna

¹ *Io stesso, andai colà a rivestirvi l'abito della Compagnia con espressa approvazione del Sig. Card. Mattei, allora mio Arcivescovo.*

de su atentado; y dice solamente, que ha recibido la carta y que su situacion le excusa de entrar en otro detalle.... Entre tanto sé que muchos jesuítas van desfilando de aquí para aquella su tierra de promision.»

Este desfile, que ántes para Don Nicolás era de *infinitos* jesuítas, y ahora de *muchos*, y dentro de una semana será solo de *los más animosos*, era lo que acababa de hacer apurar el cáliz hasta las heces á los adversarios de los jesuítas, para quienes era un *espantajo* y pura *bestialidad* lo del noviciado ruso. Oíase otra vez al caballero Azara en 10 del mismo Agosto, siete días después de escrita la anterior carta: «De las cosas de aquí no hay nada que avisar, estando todo en perfecta calma; y solo se ejercita la paciencia en oír las bestialidades que cuentan los jesuítas de su noviciado septentrional. Cada día parten de aquí los más animosos para ir á auxiliar su tártaro establecimiento. De algunos días á esta parte no se ve por Roma otra cosa más que jesuítas con hábitos largos.»

Vino por fin á poner freno á las exigencias de los ministros de Carlos III una carta de la Emperatriz de Rusia á este monarca, del tenor siguiente: «Pongo en conocimiento de Vuestra Majestad, que he tomado la resolucion de conservar en mis Estados por causas á mí conocidas el instituto de los jesuítas. Y como yo no me he opuesto á las intenciones de V. M. en vuestros reinos en lo concerniente á estos religiosos, espero que V. M. se dignará no poner obstáculo alguno á lo que en bien de los mismos hago yo en mi Imperio. Sepa tambien V. M. que en todo este asunto nada he pedido al Pontífice reinante y nada he obtenido de él; ni he hecho otra cosa que usar de los poderes á mí otorgados por el difunto Papa Ganganelli. Tenga, pues, á bien V. M. no dirigir á Su Santidad la menor queja ni molestarle sobre este asunto; porque todo lo que contra él hiciere, lo tomaré como hecho contra mi propia persona; y me veré obligada á tomar su defensa, aun con riesgo de mi corona, si fuese necesario¹.»

¹ P. RAVIGNAN, *Clemente XIII y Clemente XIV*, Vol. suplem., Capí-

¡Tan á pechos tomaba Catalina la defensa de sus jesuítas! Y tal impresion produjo esta carta en el ánimo de Carlos III, como escribe el P. Luengo, que desaprobó el Rey las gestiones de sus ministros contra el noviciado de Rusia, y mitigó sus bríos: con lo cual respiró Pío VI; pues en el abandono en que le habían dejado las potencias católicas y en la violencia que le hacían en la causa de la Compañía, hallaba proteccion y defensa en la Soberana de una poderosa nacion enemiga y cismática.

Pero ya que nada podían contra Rusia los enemigos de los jesuítas, vieron de desahogar su cólera contra los de Prusia, cuyo rey al fin se dobló á las reiteradas súplicas de sus amigos los volterianos; y Azara pudo en 29 de Junio de este año de 1780 dar á Roda la noticia de que el rey de Prusia había mandado dar el *exequatur* al breve de extincion en Varmia y Quiavia, los dos obispados de Polonia¹, que eran los únicos parajes de sus estados, donde no se había cumplido aquel requisito indispensable. Sensible golpe fue este para los buenos católicos y mucho más para el Papa, quien no podía menos de lamentar que no se pudiera promover el bien de la Iglesia en una nacion, sin que esto mismo redundase en daño de la misma en otra.

No fue este el único consuelo de los ministros españoles entre tantas causas de disgusto como se iban acumulando. La francmasonería se propagó tan rápidamente por toda la península en estos últimos años, que contaba ya por este tiempo un número suficiente de logias para tener dentro de España un Grande Oriente, que las dirigiera á ulteriores conquistas, y fue condecorado con el título de Gran Maestre el conde de Aranda.

Así consta en la medalla conmemorativa de este suceso. En el fondo de ella aparecen la escuadra y el compás, con un número 6 en medio, y rayos luminosos al derredor; y en torno se

tulo X. Tráela tambien LANGUET en sus *Anales*, n.º 7, pág. 260. Véase la *Civiltà Cattolica*, 10 de Oct. de 1876.

¹ En 20 de Julio dice que son tres los obispados de Polonia en que el Rey mandó dar el *exequatur*.

lee esta inscripcion: GRANDE ORIENTE NACIONAL DE ESPAÑA FUNDADO EN 1780 POR EL CONDE DE ARANDA 1.^{er} GRAN MAESTRE. En el anverso se halla esta otra inscripcion: CENTENARIO DEL GRANDE ORIENTE NACIONAL DE ESPAÑA CELEBRADO EN 1880, 5.º AÑO DEL 6.º GRAN MAESTRE¹.» Nadie negará que el implacable perseguidor de los jesuítas y de la Inquisicion hubiese contraído méritos bastantes para hacerse merecedor de tanta honra.

¡Notable coincidencia! Al mismo tiempo que se fundaba en nuestra patria el Grande Oriente nacional bajo la presidencia del conde de Aranda, tratábase de celebrar en Alemania la asamblea de Wilhemsbad, en la que el jefe y fundador del Iluminismo se propuso atraer á sí toda la masonería, para infundirle su espíritu revolucionario y aniquilador. Logró Wéishaupt su intento con tal fortuna, como adelante se dirá, que dentro de algunos años la masonería francesa toda había adoptado los misterios del Iluminismo; y la célebre revolucion no fue sino el primer estallido de la francmasonería iluminada.

Pero volvamos á nuestro asunto. Mientras la impiedad tomaba la nueva fase, que acabamos de decir, y se preparaba á poner en infernal conflagracion el mundo todo, allá en un rincon de Europa la Compañía alistaba nuevos soldados para la defensa de la sociedad y de la Iglesia, y no pocos veteranos pasaban á engrosar sus filas. El P. Pignatelli, uno de estos, se preocupaba seriamente en arbitrar medios para trasladarse á Rusia y satisfacer sus ansias de verse en compañía de sus hermanos. El primer paso que dio fue escribir al Superior de la Compañía en aquellas regiones, manifestándole sus ardientes deseos de vivir bajo su obediencia y observar la regla del santo fundador y padre Ignacio.

No creo temerario sospechar que esta carta la escribió desde Turin en su larga estancia en esta capital, que duró, este año

¹ P. LUIS COLOMA, *Retratos de antaño*, Cap. XVI. DANVILA en su *Hist. de Carlos III*, Tomo 2.º, págs. 358-359 reproduce la medalla, y dice que está «batida en cobre.»